

II. PONIENDO A DIOS A TRABAJAR

«Porque desde la antigüedad los hombres no han oído, ni percibido por el oído, ni ha visto el ojo un Dios fuera de ti, que obrara por aquel que espera en él» (Isaías 64:4).

La afirmación expresada en el título dado a este capítulo no es sino otra manera de declarar que Dios, por Su propio movimiento, se ha colocado a Sí mismo bajo la ley de la oración, y se ha obligado a Sí mismo a responder las oraciones de los hombres. Él ha ordenado la oración como un medio por el cual hará cosas a través de los hombres mientras estos oran, que de otra manera no haría. La oración es una cita divina específica, una ordenanza del cielo, mediante la cual Dios se propone llevar a cabo Sus designios misericordiosos en la tierra y ejecutar y hacer eficiente el plan de salvación.

Cuando decimos que la oración pone a Dios a trabajar, es simplemente decir que el hombre tiene en su poder, mediante la oración, mover a Dios a obrar a Su propia manera entre los hombres, manera en la que Él no obraría si no se hiciera oración. Así, mientras la oración mueve a Dios a obrar, al mismo tiempo Dios pone la oración a funcionar. Como Dios ha ordenado la oración, y como la oración no tiene existencia separada de los hombres, sino que involucra a los hombres, entonces lógicamente la oración es la única fuerza que pone a Dios a trabajar en los asuntos de la tierra a través de los hombres y sus oraciones.

Que estas verdades fundamentales concernientes a Dios y la oración se mantengan en mente en todas las alusiones a la oración, y en toda nuestra lectura de los incidentes de oración en las Escrituras.

Si la oración pone a Dios a trabajar en la tierra, entonces, por la misma razón, la falta de oración excluye a Dios de los asuntos del mundo, y le impide obrar. Y si la oración mueve a Dios a obrar en los asuntos de este mundo, entonces la falta de oración excluye a Dios de todo lo concerniente a los hombres, y deja al hombre en la tierra como mera criatura de las circunstancias, a merced de un destino ciego o sin ayuda de ningún tipo de parte de Dios. Deja al hombre en este mundo

con sus tremendas responsabilidades y sus difíciles problemas, y con todas sus tristezas, cargas y aflicciones, sin Dios alguno. En realidad, la negación de la oración es una negación de Dios mismo, pues Dios y la oración son tan inseparables que nunca pueden divorciarse.

La oración afecta tres esferas diferentes de la existencia: la divina, la angélica y la humana. Pone a Dios a trabajar, pone a los ángeles a trabajar, y pone al hombre a trabajar. Extiende sus manos sobre Dios, los ángeles y los hombres. ¡Qué alcance tan maravilloso hay en la oración! Pone en juego las fuerzas del cielo y de la tierra. Dios, los ángeles y los hombres son sujetos de esta maravillosa ley de la oración, y todos estos tienen que ver con las posibilidades y los resultados de la oración. Dios se ha colocado hasta tal punto sujeto a la oración que, en virtud de Su propio nombramiento, Él es inducido a obrar entre los hombres de una manera en que no obra si los hombres no oran. La oración se aferra a Dios y lo influye a obrar. Este es el significado de la oración en lo que concierne a Dios. Esta es la doctrina de la oración, o de lo contrario no hay absolutamente nada en la oración.

La oración pone a Dios a trabajar en todas las cosas por las que se ora. Mientras el hombre en su debilidad y pobreza espera, confía y ora, Dios emprende la obra. «Porque desde la antigüedad los hombres no han oído, ni percibido por el oído, ni ha visto el ojo un Dios fuera de ti, que obrara por aquel que espera en ti» (Isaías 64:4).

Jesucristo se compromete a la fuerza de la oración. «Todo lo que pidieréis en Mi Nombre», dice Él, «eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pidieréis algo en Mi Nombre, yo lo haré» (Juan 14:13-14). Y de nuevo: «Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiereis y os será hecho» (Juan 15:7).

A ninguna otra energía está comprometida la promesa de Dios como a la de la oración. De ningún otro poder dependen tanto los propósitos de Dios como de este de la oración. La Palabra de Dios se extiende sobre los resultados y la necesidad de la oración. La obra de Dios se detiene o avanza según la oración

despliegue su fuerza. Profetas y apóstoles han urgido la utilidad, la fuerza y la necesidad de la oración. «Sobre tus muros, oh Jerusalén, he puesto centinelas, que nunca callarán ni de día ni de noche. Los que hacéis mención de Jehová, no os deis reposo, y no le deis reposo hasta que establezca, y hasta que ponga a Jerusalén por alabanza en la tierra» (Isaías 62:6-7).

La oración, con sus antecedentes y acompañantes, es la única y sola condición del triunfo final del Evangelio. Es la única y sola condición que honra al Padre y glorifica al Hijo. La oración escasa y pobre ha debilitado el poder de Cristo en la tierra, ha pospuesto los resultados gloriosos de Su reinado, y ha retirado a Dios de Su soberanía.

La oración pone la obra de Dios en Sus manos, y la mantiene allí. Lo mira constantemente y depende de Él implícitamente para promover Su propia causa. La oración no es sino la fe que reposa en Dios, que actúa con Él, y que se apoya en Él y le obedece. Esta es la razón por la que Dios la ama tanto, por la que pone todo poder en sus manos, y por la que estima tan altamente a los hombres de oración.

Todo movimiento para el avance del Evangelio debe ser creado e inspirado por la oración. En todos estos movimientos de Dios, la oración precede y acompaña como una condición invariable y necesaria.

En esta relación, Dios hace a la oración idéntica en fuerza y poder a Sí mismo y dice a los que en la tierra oran: «Estáis en la tierra para llevar adelante Mi causa. Yo estoy en el cielo, el Señor de todo, el Hacedor de todo, el Santo de todo. Ahora, cualquier cosa que necesitéis para Mi causa, pedídmela y Yo la haré. Moldead el futuro con vuestras oraciones, y todo lo que necesitéis para los suministros presentes, mandádmelo. Yo hice el cielo y la tierra, y todas las cosas en ellos. Pedid en grande. Abre tu boca anchamente, y yo la llenaré. Es Mi obra la que estáis haciendo. Conciérne a Mi causa. Sed pronto y abundantes en orar. No disminuyáis vuestra petición, y Yo no cejaré ni disminuiré en Mi dar» (Salmo 81:10).

En todas partes de Su Palabra Dios condiciona Sus acciones a la oración. En todas partes de Su Palabra Sus acciones y actitud son moldeadas por la oración. Citar todos los pasajes de las Escrituras que prueban la relación inmediata, directa y personal de la oración con Dios, sería transferir páginas enteras de la Escritura a este estudio. El hombre tiene relaciones personales con Dios. La oración es el medio divinamente señalado por el cual el hombre entra en conexión directa con Dios. Por Su propia ordenanza Dios se mantiene obligado a escuchar la oración. Dios concede Su gran bien a Sus hijos cuando lo buscan por la avenida de la oración.

Cuando Salomón concluyó su gran oración que ofreció en la dedicación del Templo, Dios se le apareció, lo aprobó, y estableció los principios universales de Su acción. En 2 Crón. 7:12-15 leemos lo siguiente:

«Y se apareció Jehová a Salomón de noche y le dijo: He oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio.

»Si yo cerrare los cielos para que no haya lluvia, o si mandare a la langosta que consuma la tierra, o si enviare pestilencia entre mi pueblo; si se humillare mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oraren, y buscaren mi rostro, y se convirtieren de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, y perdonaré sus pecados, y sanaré su tierra. Ahora estarán abiertos mis ojos, y atentos mis oídos a la oración en este lugar.»

En Sus propósitos concernientes a los judíos en el cautiverio babilónico (Jeremías 29:10-13) Dios afirma Sus principios infalibles:

«Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar. Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis, y vendréis y oraréis a mí, y yo os oiré; y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón.»

En la terminología bíblica, orar significa invocar a Dios por las cosas que deseamos, pedir cosas a Dios. Así leemos: «Clama a mí, y yo te responderé, y te

enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33:3). «Invócame en el día de la angustia; te libraré» (Salmo 50:15). «Entonces clamarás, y Jehová responderá; gritarás, y él dirá: Heme aquí» (Isaías 58:9).

La oración se revela como una aplicación directa a Dios por algún bien temporal o espiritual. Es una apelación a Dios para que intervenga en los asuntos de la vida por el bien de aquellos por quienes oramos. Dios es reconocido como la fuente y manantial de todo bien, y la oración implica que todo Su bien está guardado en Su custodia para aquellos que lo invocan en verdad.

Que la oración es una aplicación a Dios, un trato con Dios, y una comunión con Dios, se destaca fuerte y simplemente en la oración de los santos del Antiguo Testamento. La intercesión de Abraham por Sodoma es una ilustración sorprendente de la naturaleza de la oración, del trato con Dios, y muestra el lado intercesor de la oración. El propósito declarado de Dios de destruir Sodoma confrontó a Abraham, y su alma dentro de él se conmovió grandemente a causa de su gran interés en aquella ciudad fatídica. Su sobrino y su familia residían allí. Ese propósito de Dios debía ser cambiado. El decreto de Dios para la destrucción de los habitantes de esta ciudad malvada debía ser revocado.

No era una empresa pequeña la que enfrentaba Abraham cuando concibió la idea de suplicar a Dios que perdonara a Sodoma. Abraham se dispone a cambiar el propósito de Dios y a salvar a Sodoma con las otras ciudades de la llanura. Ciertamente era una obra muy difícil y delicada para él emprender la de echar su influencia con Dios en favor de aquellas ciudades condenadas para salvarlas.

Él basa su súplica en el simple hecho del número de hombres justos que podían encontrarse en Sodoma, y apela a la infinita rectitud de Dios para no destruir al justo con el impío. «Lejos de ti el hacer tal, que hagas morir al justo con el impío. ¿No hará justicia el Juez de toda la tierra?» (Génesis 18:25). ¡Con qué profundo abatimiento y reverencia entra Abraham en su alta y divina obra! Se puso delante de Dios en solemne temor y meditación, y luego se acercó a Dios y habló. Avanzó paso a paso en fe, en demanda y en urgencia, y Dios le concedió cada petición que hizo. Bien se ha dicho que «Abraham dejó de pedir antes de

que Dios dejara de conceder». Parece que Abraham tenía una especie de visión optimista de la piedad de Sodoma. Apenas esperaba, cuando emprendió este asunto, que terminara en fracaso. Estaba muy decidido, y tenía todo aliento para insistir en su caso. En su petición final seguramente pensó que con Lot, su esposa, sus hijas, sus hijos, y sus yernos, tenía sus diez personas justas por cuya causa Dios perdonaría la ciudad. ¡Pero ay! La cuenta falló cuando llegó la prueba final. No había diez personas justas en aquella gran población.

Pero esto era verdad. Si él no salvó a Sodoma mediante su oración importuna, los propósitos de Dios fueron detenidos por una temporada, y posiblemente si la bondad de corazón de Abraham no hubiera sobreestimado el número de personas piadosas en aquella ciudad condenada, Dios podría haberla salvado de haber reducido sus cifras aún más.

Este es un caso representativo que ilustra la oración del Antiguo Testamento, y revela el modo de obrar de Dios mediante la oración. Muestra además cómo Dios es movido a obrar en respuesta a la oración en este mundo, incluso cuando se trata de cambiar Sus propósitos concernientes a una comunidad pecadora. Esta oración de Abraham no fue una mera actuación, no fue una ceremonia apagada y sin vida, sino una súplica ferviente, una defensa poderosa, para asegurar un fin deseado, para tener una influencia, una persona con otra persona.

¡Cuán llena de significado es esta serie de notables intercesiones hechas por Abraham! Aquí tenemos argumentos diseñados para convencer a Dios, y súplicas para persuadir a Dios de cambiar Su propósito. Vemos profunda humildad, pero también santa osadía, perseverancia, y avances hechos sobre la base de la victoria en cada petición. Aquí tenemos petición ampliada alentada por respuestas ampliadas. Dios se detiene y responde mientras Abraham se detiene y pide. Para Abraham, Dios es existente, accesible y todopoderoso, pero al mismo tiempo Él difiere a los hombres, actúa favorablemente sobre sus deseos, y les concede los favores pedidos. No orar es una negación de Dios, una negación de Su existencia, una negación de Su naturaleza, y una negación de Sus propósitos hacia la humanidad.

Dios tiene específicamente que ver con las promesas de oración en su amplitud, certeza y limitaciones. Jesucristo nos apremia a la presencia de Dios con estas promesas de oración, no solo por la seguridad de que Dios responderá, sino de que ningún otro ser sino Dios puede responder. Él nos apremia a Dios porque solo de esta manera podemos mover a Dios para que tome parte en los asuntos de la tierra, e inducirlo a intervenir en nuestro favor.

«Todo lo que pidiereis en oración, creyendo, lo recibiréis» (Mateo 21:22), dice Jesús, y esta condición omniabarcante no solo nos apremia a orar por todas las cosas, todo lo grande y lo pequeño, sino que nos pone y nos encierra a Dios, pues ¿quién sino Dios puede cubrir lo ilimitable de las cosas universales, y puede asegurarnos ciertamente de recibir precisamente la cosa misma que podamos pedir en todo el Tesouro de bien terrenal y celestial?

Es Jesucristo, el Hijo de Dios, quien nos hace demandas de orar, y es Él quien se pone a Sí mismo y todo lo que tiene tan plenamente en la respuesta. Él es quien se pone a nuestro servicio y responde a nuestras demandas cuando oramos.

Y así como Él pone a Sí mismo y al Padre a nuestra disposición en la oración, para venir directamente a nuestras vidas y obrar para nuestro bien, así también Él se compromete a responder a las demandas de dos o más creyentes que se pusieren de acuerdo acerca de cualquier cosa. «Si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos» (Mateo 18:19). Ninguno sino Dios podría ponerse a Sí mismo en un pacto tan vinculante como ese, pues solo Dios podría cumplir tal promesa y podría llegar a sus demandas exigentes y dominantes. Solo Dios puede responder por las promesas.

Dios necesita la oración, y el hombre también necesita la oración. Es indispensable para la obra de Dios en este mundo, y es esencial para hacer que Dios obre en los asuntos de la tierra. Así Dios obliga a los hombres a orar por las más solemnes obligaciones. Dios manda a los hombres orar, y así no orar es clara desobediencia a un mandato imperativo del Dios Todopoderoso. La oración es una condición tal, sin la cual las gracias, la salvación y el bien de Dios no son

concedidos a los hombres. La oración es un alto privilegio, una prerrogativa real, y múltiples y eternas son las pérdidas por no ejercerla. La oración es la gran fuerza universal para avanzar la causa de Dios; la reverencia que santifica el nombre de Dios; la capacidad de hacer la voluntad de Dios, y el establecimiento del reino de Dios en los corazones de los hijos de los hombres. Estas, y sus coincidentes y agentes, son creadas y afectadas por la oración.

Una de las imposiciones constitucionales del Evangelio es la oración. Sin la oración, el Evangelio no puede ni ser predicado eficazmente, ni promulgado fielmente, ni experimentado en el corazón, ni ser practicado en la vida. Y por la razón muy simple de que al dejar la oración fuera del catálogo de los deberes religiosos, dejamos a Dios fuera, y Su obra no puede progresar sin Él.

Los movimientos que Dios propuso bajo Ciro, rey de Persia, profetizados por Isaías muchos años antes de que Ciro naciera, están condicionados a la oración. Dios declara Su propósito, poder, independencia y desafío de los obstáculos en el camino de llevar a cabo esos propósitos. Su omnipotente y absolutamente infinita potencia está dispuesta para alentar la oración. Él ha estado ordenando todos los eventos, dirigiendo todas las condiciones, y creando todas las cosas, para que pudiera responder la oración, y luego se entrega a Sus orantes para ser mandado. Y entonces todos los resultados y el poder que Él tiene en Sus manos, serán concedidos en lujosa e inconmensurable munificencia para llevar a cabo las oraciones y hacer de la oración la más poderosa energía en el mundo.

El pasaje en Isaías 45 es demasiado extenso para ser citado en su totalidad, pero bien vale la pena leerlo. Cierra con palabras tan fuertes como estas, palabras acerca de la oración, que son el clímax de todo lo que Dios ha estado diciendo concerniente a Sus propósitos en relación con Ciro:

«Así dice Jehová, el Santo de Israel, y su Hacedor: Preguntadme de las cosas por venir, acerca de mis hijos, y acerca de la obra de mis manos, mandadme. Yo hice la tierra, y creé sobre ella al hombre; yo, mis manos, extendieron los cielos, y a todo su ejército mandé» (Isaías 45:11-12).

En la conclusión de la historia de Job, vemos cómo Dios interviene en favor de Job y llama a sus amigos a presentarse delante de Job para que él ore por ellos. «Mi ira se ha encendido contra ti y contra tus dos amigos», es la declaración de Dios, con las palabras adicionales: «Mi siervo Job orará por vosotros, porque a él aceptaré» (Job 42:7-8), una ilustración sorprendente de Dios interviniendo para librar a los amigos de Job en respuesta a la oración de Job.

Hemos hablado hasta aquí de la oración que afecta a Dios, a los ángeles y a los hombres. Cristo no escribió nada mientras vivió. Memoranda, notas, escritura de sermones, elaboración de sermones, le eran ajenos. La autobiografía no era de Su gusto. La Revelación de Juan fue Su última declaración. En ese libro tenemos representada la gran importancia, el valor inestimable, y la alta posición que la oración obtiene en los movimientos, la historia, y el progreso en desarrollo de la Iglesia de Dios en este mundo. Tenemos esta imagen en Apocalipsis 8:3, que revela el interés que los ángeles en el cielo tienen en las oraciones de los santos y en llevar a cabo las respuestas a esas oraciones:

«Y otro ángel vino y se paró delante del altar, teniendo un incensario de oro; y le fue dado mucho incienso para que lo añadiese a las oraciones de todos los santos, sobre el altar de oro que estaba delante del trono. Y el humo del incienso con las oraciones de los santos subió de la mano del ángel delante de Dios. Y el ángel tomó el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó a la tierra; y hubo voces, y truenos, y relámpagos y terremoto» (Apocalipsis 8:3-5).

Traducido a la prosa de la vida cotidiana, estas palabras muestran cómo el capital con el que el cielo lleva a cabo la obra de la salvación bajo Cristo está compuesto por las oraciones de los santos de Dios en la tierra, y revelan cómo estas oraciones, con poder ardiente, regresan a la tierra y producen sus poderosas conmociones, influencias y revoluciones.

Los hombres de oración son esenciales para el Dios Todopoderoso en todos Sus planes y propósitos. Los secretos, los consejos y la causa de Dios nunca han sido confiados a hombres que no oran. La negligencia de la oración siempre ha traído pérdida de fe, pérdida de amor y pérdida de oración. La falta de oración ha

sido la causa funesta e inevitable de la apostasía y del alejamiento de Dios. Los hombres que no oran se han interpuesto en el camino de que Dios cumpla Su Palabra y haga Su voluntad en la tierra. Atan las manos divinas e interfieren con Dios en Sus designios misericordiosos. Así como los hombres que oran son una ayuda para Dios, los hombres que no oran son un obstáculo para Él.

Insistimos en la visión bíblica de la necesidad de la oración, incluso a costa de la repetición. El tema es demasiado importante para que la repetición lo debilite o lo canse, demasiado vital para ser trivial o insulso. Debemos sentirlo de nuevo. Los fuegos de la oración han ardido con baja intensidad. Cenizas y no llamas hay sobre sus altares.

Ninguna insistencia en las Escrituras es más urgente que la oración. Ninguna exhortación se reitera con más frecuencia, ninguna es más sincera, ninguna es más solemne y conmovedora que la de orar. Ningún principio se declara con más fuerza y amplitud que el que nos insta a la oración. No hay deber al que estemos más fuertemente obligados que a la obligación de orar. No hay mandamiento más imperativo e insistente que el de orar. ¿Estás orando en todo sin cesar, en el aposento secreto, oculto a los ojos de los hombres, y orando siempre y en todas partes? Esa es la pregunta personal, pertinente y de suma importancia para toda alma.

Muchos casos ocurren en la Palabra de Dios que muestran que Dios interviene en este mundo en respuesta a la oración. Nada es más claro cuando se consulta la Biblia que el hecho de que el Dios Todopoderoso es traído directamente a las cosas de este mundo por la oración de Su pueblo. Jonás huye del deber y toma una nave hacia un puerto distante. Pero Dios lo sigue, y por una extraña providencia este profeta desobediente es arrojado de la nave, y el Dios que lo envió a Nínive prepara un pez para tragarlo. En el vientre del pez clama al Dios contra quien había pecado, y Dios interviene y hace que el pez vomite a Jonás en tierra seca. Incluso los peces del gran abismo están sujetos a la ley de la oración.

Asimismo, las aves del cielo son traídas en sujeción a esta misma ley. Elías había anunciado a Acab la llegada de aquella sequía prolongada, y la comida e

incluso el agua escasearon. Dios lo envió al arroyo de Querit, y le dijo: «Acontecerá que beberás del arroyo; y he mandado a los cuervos que te den allí de comer. Y los cuervos le traían pan y carne por la mañana, y pan y carne por la tarde» (1 Reyes 17:4, 6). ¿Puede alguien dudar que este hombre de Dios, que más tarde cerró y abrió las nubes de la lluvia mediante la oración, no estaba orando en este tiempo, cuando tanto estaba en juego? Dios interpuso esta vez entre las aves del cielo y las movió de manera extraña para cuidar de Su siervo, de modo que no le faltara comida ni agua.

David, en una hora malvada, en lugar de escuchar el consejo de Joab, su primer ministro, cedió a la sugestión de Satanás e hizo censo del pueblo, lo cual desagradó a Dios. Entonces Dios le dijo que eligiera uno de tres males como retribución por su necedad y su pecado. La peste vino sobre el pueblo en forma violenta, y David se entrega a la oración.

«Y dijo David a Dios: ¿No soy yo el que hizo contar el pueblo? Yo mismo soy el que pequé, y ciertamente he hecho mal; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? Oh Jehová Dios mío, sea ahora tu mano contra mí, y contra la casa de mi padre, y no contra tu pueblo para herirlo de plaga» (1 Crónicas 21:17).

Y aunque Dios se había entristecido grandemente con David por haber contado a Israel, sin embargo no pudo resistir esta súplica de un espíritu penitente y orante, y Dios fue movido por la oración a poner Su mano sobre los resortes de la enfermedad y detener la terrible plaga. Dios fue puesto a trabajar por la oración de David.

Podrían nombrarse numerosos otros casos. Estos son suficientes. Dios parece haberse tomado grandes molestias en Su revelación divina a los hombres para mostrar cómo interfiere en los asuntos de la tierra en respuesta a la oración de Sus santos.

La pregunta podría surgir justo aquí en algunas mentes demasiado críticas en cuanto a las llamadas «leyes de la naturaleza», que no son firmes creyentes en la oración, como si hubiera un conflicto entre lo que ellos llaman las «leyes de la naturaleza» y la ley de la oración. Estas personas hacen de la naturaleza una

especie de dios imaginario completamente separado del Dios Todopoderoso. ¿Qué es la naturaleza, después de todo? No es sino la creación de Dios, el Hacedor de todas las cosas. Y ¿qué son las «leyes de la naturaleza» sino las leyes de Dios, mediante las cuales Él gobierna el mundo material? Como la ley de la oración es también la ley de Dios, no puede haber posiblemente ningún conflicto entre los dos conjuntos de leyes, sino que todos deben obrar en perfecta armonía. La oración no viola ninguna ley natural. Dios puede dejar de lado una ley para la operación superior de otra ley, y esto puede hacerlo cuando responde la oración. O el Dios Todopoderoso puede responder la oración obrando a través del curso de la ley natural. Pero lo entendamos o no, Dios está por encima y más allá de toda la naturaleza, y puede y querrá responder la oración de manera sabia, inteligente y justa, aunque el hombre no lo comprenda. De modo que en ningún sentido hay discordia o conflicto entre las diversas leyes de Dios cuando Dios es inducido a interferir en los asuntos humanos en respuesta a la oración.

En relación con esto podría decirse otra palabra. Usamos la forma de palabras a la que no puede haber objeción, que la oración hace ciertas cosas, pero esto por supuesto no implica que la oración como medio humano logre algo, sino que la oración solo logra las cosas de manera instrumental. La oración es el instrumento, Dios es el agente eficiente y activo. De modo que la oración en sí misma no interfiere en los asuntos de la tierra, sino que la oración en las manos de los hombres mueve a Dios a intervenir y hacer cosas que de otro modo no haría si la oración no se usara como el instrumento.

Es como cuando decimos: «tu fe te ha salvado», con lo cual simplemente se quiere decir que Dios mediante la fe del pecador lo salva, siendo la fe solo el instrumento usado por el pecador que le trae salvación.